

LA CRUZ ROJA Y EL VOLUNTARIADO

por H. Beer

Cuando se trata de explicar, con términos sencillos, qué es la Cruz Roja, se la define, a menudo, de tres maneras: es un emblema, un símbolo protector o descriptivo de un movimiento; es una organización mundial, integrada por 230 millones de miembros, casi todos voluntarios, agrupados en 126 Sociedades nacionales; es, también, un ideal, en que se inspira una acción tendente a hacer que ese ideal sea realidad y que se base sobre un firme fe en una solidaridad humana global y activa en la lucha contra el sufrimiento.

En todas esas definiciones hay un elemento esencialísimo: el ser humano: hombres, mujeres y niños protegidos por el emblema, que participan activamente en la acción de la organización o que creen en su ideal. Por lo tanto, es normal que entre los principios fundamentales de la Cruz Roja haya una frase en la que se declara que la Cruz Roja es una organización voluntaria y desinteresada.

Podría pensarse que esta comprobación basta por sí misma, que es suficiente señalar, por una parte, el principio y, por otra parte, el hecho de que la Cruz Roja depende del interés, del efectivo y de las actividades de sus miembros voluntarios. Pero no es tan sencillo.

El cometido del servicio voluntario por lo que respecta a las diversas actividades de la Cruz Roja es, para ésta, un tema muy importante, pues sus 126 Sociedades nacionales son diferentes, en sistemas socioeconómicos muy diversos. Por otra parte, con la evolución acelerada de todos los tipos de sociedad humana —evolución a menudo más rápida en los países llamados desarrollados que en los países en vías de desarrollo— estamos ante una situación nueva, en la que el tipo de trabajo voluntario que había, por ejemplo, hace sólo cincuenta años, ha cambiado de manera radical.

Es casi trivial señalar la desaparición de la sociedad de antes, en la que una clase poco numerosa de gente rica, que disponía de mucho tiempo libre, se organizaba para que sus miembros, y en particular las mujeres, gracias a la ayuda doméstica de que se beneficiaban, pudiesen entregarse a las buenas obras y ayudar a la enorme masa de pobres en su entorno inmediato, incluso durante los períodos de guerra o de catástrofe.

Desde un punto de vista meramente de Cruz Roja, lamentamos, a veces, que la sociedad actual no permita que las personas dediquen a la Cruz Roja tanto tiempo y dinero como antes.

Sin embargo, esa situación se ve compensada por el hecho de que el nivel de vida ha aumentado en muchos países y que categorías más amplias de personas pueden dirigir su mirada más allá de la simple lucha por el pan cotidiano y asumir su responsabilidad de solidaridad activa para con quienes aún lo necesitan. También hay que tener en cuenta el hecho de que menos horas de trabajo, una racionalización de la labor doméstica y otras circunstancias de carácter técnico crean condiciones para que un número mayor de personas trabajen como voluntarios.

Antes de formular observaciones más precisas, quisiera llamar la atención de ustedes sobre ciertas cuestiones generales.

Es necesario definir, en primer lugar, lo que entendemos por « servicio voluntario » y « voluntarios ». En un sentido limitado, y en particular cuando se utiliza el término « benévolo », se trata de personas que ofrecen sus servicios sin remuneración. No obstante, desearíamos, como hace el señor Pictet en su notable comentario a *Los principios fundamentales de la Cruz Roja*, utilizar la palabra en un sentido más amplio, en el de trabajo efectuado sin presión del exterior, voluntariamente, según el libre albedrío de cada uno, cuya remuneración es un aspecto secundario.

Aquí se impone la necesidad de hacer una comparación directa entre los primeros voluntarios de la Cruz Roja —las mujeres italianas que colaboraron con Henry Dunant en Solferino y en Castiglione— y, por ejemplo, los estudiantes birmanos que dedican los tres meses de sus vacaciones a colaborar en el transporte y en la distribución de víveres para los refugiados repatriados a la frontera de Bangladesh y que por ese trabajo, a cientos de kilómetros de sus hogares, sólo reciben lo estrictamente necesario.

El señor Pictet destaca, asimismo, que el carácter voluntario de la Cruz Roja es una consecuencia directa del principio de humanidad, en cierto sentido la manera de aplicarlo.

Otra cuestión general: ¿Son aún necesarios los voluntarios cuando, en la mayoría de los sistemas sociales, las cuestiones de la salud y del bienestar incumben al Estado o a la administración local? Debe plante-

arse esta pregunta porque, durante un cierto período, por ejemplo los años inmediatamente posteriores a la última guerra mundial, en numerosos países, los profesionales y las personas partidarias de una ampliación del cometido del Estado consideraban, en general, que la labor de la Cruz Roja ya no era necesaria pues, aunque agradecían su acción pasada y su tarea de pionera, correspondía a ellos continuarla.

¡ Ya no se necesitan voluntarios ! Sin embargo, la evolución ulterior probó que no era así. Incluso en los países donde por razones de ideología o de leyes en vigor, el Estado se encarga de todos los servicios, se evidenció que, si se quiere que el Estado funcione como debe, no puede estar integrado únicamente por oficinas, personal y dirigentes remunerados, sino que, en un sentido más amplio, se requiere la colaboración voluntaria que prestan los ciudadanos, además de las tareas cotidianas y remuneradas que les incumben.

Hemos sido testigos de una evolución que hace aun más necesaria la colaboración de voluntarios que en el pasado. Se trata, por ejemplo, del ámbito de la salud, que requiere medidas preventivas, basadas en una amplia participación debidamente motivada, no sólo del personal técnico permanente, sino también de la población misma. Esta motivación no se impone desde arriba, debe nacer del ser mismo, deben fomentarla las organizaciones que creen en lo que están haciendo, integradas por miembros necesariamente voluntarios. Hemos observado esto cuando hemos debido responder a la necesidad de organizar campañas de vacunación o de educación sanitaria, de higiene escolar, de lucha contra las causas de enfermedades tales como la tuberculosis, el paludismo, y muchos otros males así como contra el alcoholismo o la toxicomanía. Habría muchos ejemplos más.

Estos últimos años, hemos visto cómo esa idea general se ha concretado en la asistencia primaria a la salud. Lo hemos comprobado también en el despertar del interés de la población por las cuestiones relativas al medio ambiente, así como en muchos otros ámbitos.

También hemos podido comprobar que esa tendencia requiere que se fomenten la animación y la formación, así como una actitud que permita evitar la incomprensión manifestada hasta el presente entre profesionales y voluntarios. A ese respecto, aún hay mucho que hacer. Hemos visto también, en países muy desarrollados, que disponen de excelentes sistemas de asistencia médica, cómo los cambios registrados en la población han originado una nueva pobreza: la pobreza de la soledad, del aislamiento y de la frustración, debido a que los antiguos lazos con la tierra, la aldea, la familia se cortaron a causa de la emigración hacia las grandes ciudades y de la desaparición de las relaciones

normales, establecidas entre el hombre y su comunidad, y que, en una u otra forma, permanecieron durante miles de años. En ese ámbito también, servicios voluntarios más amplios y eficaces remediaron una necesidad evidente.

Como se ha podido comprobar, uno de los aspectos de la actividad de la Cruz Roja —considerado antes equivocadamente como privativo de expertos jurídicos o militares en el Gobierno, en las instituciones académicas, etc.— es decir, la difusión del derecho internacional humanitario y de los principios de la Cruz Roja, ha cobrado actualmente nuevo impulso. Necesitamos, al respecto, no sólo los conocimientos especializados de expertos, bajo la dirección del Comité Internacional de la Cruz Roja, sino un enfoque accesible para todos y basado, hoy más que nunca en la dirección y el impulso de voluntarios con la debida formación y organización que se requieren también para las demás tareas que incumben a nuestro movimiento.

Muy a menudo, cuando se estudian los métodos para aumentar la eficacia de la tarea, nos detenemos en nuestra organización interna: ¿cómo concebirla para que mantenga la flexibilidad requerida, destacando, por una parte, el profesionalismo y, por otra parte, el carácter de servicio, ambos indispensables para la formación y la orientación de los voluntarios? Como dice el señor Pictet, hay dos peligros: la burocracia y el diletantismo.

El primero de esos peligros consiste en que, como toda administración, tenemos tendencia al perfeccionismo, creando una burocracia más y más pesada. La lealtad en una oficina o en un grupo específico de profesionales, así como la falta de interés verdadero por parte de éstos en colaborar con voluntarios (en parte porque les tienen miedo) son hechos que tenemos que tener en cuenta. También se ha observado, en la Cruz Roja, la tendencia de las burocracias a adquirir un carácter permanente, a crecer, así como a idear un idioma y una técnica de trabajo incomprensibles para el común de la gente. Felizmente es limitada, en parte gracias a la vigilancia de los dirigentes voluntarios, en parte por el simple hecho de que la falta de recursos financieros impide que se refuercen las administraciones centrales. Pero el peligro subsiste.

Por lo que respecta al peligro de diletantismo, se destaca en el Informe Tansley: se considera que muchas Sociedades nacionales siguen con un enfoque pasado de moda y se citan el aislamiento en que los voluntarios de la Cruz Roja actúan, la falta de planificación y de cooperación con las instituciones gubernamentales encargadas, el desconocimiento de la necesidad de formación para tareas precisas y, por último, la falta de disciplina para llevar a cabo las tareas, como factores que impiden

actividades planificadas, sistemáticas y eficaces. Debería formarse un nuevo tipo de voluntario, como se ha hecho en numerosos países, con sentido de responsabilidad, de disciplina y de necesidad de cooperar con otras organizaciones, con las autoridades y con la población, en lugar de hacer lo posible por desempeñar la labor de la Cruz Roja en un maravilloso aislamiento.

En el Informe Tansley se indica asimismo lo que debe mejorarse. La mayoría de los voluntarios de la Cruz Roja procede de las ciudades y muy pocos están donde realmente se necesitan, es decir, en las zonas rurales. Muchos no están preparados para trabajar en sus propias comunidades. Hay, además, diferencias de clase entre voluntarios de la Cruz Roja y la gran masa de la población. Sin embargo, todas estas dificultades pueden superarse. El Informe Tansley espera que la Cruz Roja pueda llegar a ser profesional, sin poner en peligro su fuerza tradicional —la acción de sus voluntarios— particularmente en los países en vías de desarrollo.

La integración del trabajo de la Cruz Roja a los servicios comunitarios requiere que examinemos esas cuestiones muy de cerca.

No obstante, no todo lo que dice el Informe Tansley es negativo. Para hacer justicia a su Informe, cabe señalar que su tendencia general es destacar el cometido fundamental de los voluntarios en la Cruz Roja y dar numerosos ejemplos positivos acerca de cómo ese cometido ha sido muy útil tanto para la Cruz Roja como para la humanidad. La crítica es positiva e indica lo que puede mejorarse.

Corresponde a la dirección de la Cruz Roja hacer que esa labor tenga un significado y un incentivo tan grandes que atraiga por sí misma a las personas más capaces para realizarla. Cuando digo incentivo, no pienso de ninguna manera en algo como «matrona que distribuye paquetes de Navidad a los pobres». Por el contrario: aunque una labor sea desagradable o azarosa, puede tener incentivo, basado en el sentimiento de que es necesario ayudar a la comunidad y a cada persona individualmente en los aspectos en los que cada uno puede prestar un relevante servicio.

Por lo tanto, una de las mayores dificultades es cerciorarse, tras haber determinado las necesidades de la comunidad a los niveles práctico e ideológico —la comunidad puede ser el hogar, la aldea, o el mundo entero— de que hay una posibilidad de prestar servicio en condiciones precisas y mediando una determinada formación, lo cual, en sí, suscita la voluntad de proseguir la acción.

A este respecto, la dirección de la Cruz Roja, integrada por profesionales y voluntarios, tiene una importante tarea, pues, demasiado a menudo, hemos visto casos en los que el interés de los voluntarios, muy

grande en los comienzos, desaparece progresivamente por razón de la falta de dirección o de motivación para mantenerlo.

Lo que hay que combatir, asimismo, en la Cruz Roja, es el sentimiento que tienen algunos voluntarios de que, desde un punto de vista ético, su labor tiene mayor valor que la de los profesionales o la del personal remunerado de cualquier manera que sea. Ciertamente es un gran peligro, pues origina una actitud negativa y puede incluso, a veces, hacer peligrar la labor de quienes se sienten menospreciados, simplemente porque se ven obligados a recibir una remuneración. Ellos también son, en cierto sentido, voluntarios, cuando entregan con entusiasmo sus energías y su tiempo, más allá del estricto deber, a la labor por la que reciben una remuneración. Es, pues, totalmente necesario destacar la igualdad de todos los que trabajan con una finalidad humanitaria y el idéntico valor a nivel humano.

Nos hemos limitado a hablar de los voluntarios en general, pero no debemos olvidar un sector: la juventud. Los métodos según los cuales los jóvenes de la Cruz Roja se integran a la organización tienen, en este caso, importancia secundaria. No debemos perder de vista que, en casi todas las partes del mundo, la mitad de la población tiene menos de veintidós años. Si no somos capaces de inspirar a la juventud, si no somos capaces de atraer a los jóvenes voluntarios en número suficiente, nuestro movimiento, en lugar de avanzar, retrocederá. Sin embargo, hay numerosos signos indicadores de que esta tarea puede realizarse: tenemos los medios prácticos para llevarla a cabo y consideramos que la Cruz Roja de la Juventud puede ser nuestro mayor objetivo en el porvenir.

En conclusión, pensamos que, gracias a la reducción progresiva de horas de trabajo y al aumento correspondiente de tiempo libre, habida cuenta, además, de una mayor esperanza de vida, y, por consiguiente, de un mayor número de personas ancianas pero activas, la reserva potencial de voluntarios se ha incrementado considerablemente. Esta comprobación no se limita, a largo plazo, a los países en vías de desarrollo. Sin embargo, es necesario formar mejor a los voluntarios, que tengan una motivación clara, y el sentimiento de que están integrados en sus propias comunidades y pertenecen a la Cruz Roja Internacional. Hay que ampliar la base para el reclutamiento y procurar dar prioridad a las zonas y a los países que más los necesitan. Tenemos que velar, asimismo, por que desaparezcan todas las fronteras sociales y por que el personal profesional indispensable tenga la misma motivación. Hagamos realidad la consigna optimista según la cual la Cruz Roja realiza una tarea profesional con la ayuda de voluntarios. Esta acción sobre el terreno es una cara de la realidad, mientras que la otra es de índole ideológica. Nunca

podremos hacer aceptar en el mundo la Cruz Roja, los principios humanitarios en general, si no logramos probar, por mediación de nuestros voluntarios, que ese ámbito no es patrimonio exclusivo de profesionales y de Gobiernos, y que la mejor defensa del hombre contra el mal es el voluntario de la Cruz Roja que en ella cree, que puede tomar la palabra en su nombre y realizar, al mismo tiempo, la tarea concreta. He aquí una de nuestras principales esperanzas para el futuro.

Henrik BEER

Secretario general

Liga de Sociedades de la Cruz Roja
